

Cinco miradas en busca de una emoción

Los primeros visitantes a la cueva en doce años coinciden en destacar «la fuerza y viveza de las pinturas»

Tres hombres y dos mujeres: una profesora, un jubilado, una estudiante y dos periodistas recorren con emoción los 37 minutos de un trayecto histórico

■ GUILLERMO BALBONA

SANTANDER. En los ochenta el profesor Antonio Díaz era un aspirante a entrar en la cueva más famosa del mundo. Cuando llegó su turno junto a unos amigos la fecha coincidía con su luna de miel. La joven malagueña Carolina Pardo recalaba ayer de forma espontánea en Altamira como una estación de paso en sus fugaces vacaciones por Cantabria. En el Museo y Centro de Investigación de Santillana se topó con la posibilidad de poder convertirse en una aspirante a entrar en la cueva original. Ambos, entre el destino y el azar, entre el empeño y la casualidad, fueron dos de las personas que doce años después de su cierre vivieron las «sensaciones y emociones» de recorrer el templo del arte rupestre, uno de los espacios naturales emblemáticos con mayor simbolismo.

Son Andrea, Álvaro, Javier, Carolina y Antonio. Hasta ayer personas anónimas, ajenas a las emociones primarias que provoca el impacto de Altamira. Desde hoy son ya cinco nombres ligados a la historia de una de las cuevas más mediáticas del mundo. Sorprendidos, expectantes después, emocionados casi siempre, profanaron en silencio el templo paleolítico. Una ceremonia íntima, bajo el cartel de ‘visitas experimentales’, privilegiada, marcada por una vivencia casi privada que proporciona una experiencia sensorial. A unos les empujó la curiosidad, a otros el celo de la comunicación, y a cada uno de ellos el azar les llevó al final ante la puerta de la cueva que alberga la sala de policromos de Altamira. Tres hombres y dos mujeres. Tres cántabros, un malagueño y un madrileño fueron los protagonistas únicos y privilegiados del itinerario más deseado: treinta y siete minutos exactos, medidos, fruto de un trazado riguroso y calculado.

Andrea, Álvaro, Javier, Carolina y Antonio, ataviados con mascarillas, gorros y calzado especial, apelaron a sus sentidos a la hora de enfrentarse al silencio, la oscuridad, la humedad y la «teatralidad» de la cueva. Todos subrayaron la sensación de asistir a un ritual que, según la hoja de ruta prevista, solo experimentarán doscientas personas en los próximos seis meses. No pudieron tocar las paredes de la cavidad pero su mirada registró cada centímetro del santuario prehistórico. En el camino azaroso matinal, desde la entrada y la solicitud, pasando por el sorteo, se quedaron otras setenta y ocho personas sin cumplir el sueño de entrar en la cueva. Pero doce años más tarde, una



Algunos de los visitantes y guías, durante los preparativos, minutos antes de iniciar su periplo hacia la entrada a la cueva. ■ CELEDONIO

LAS FRASES

Andrea Vicente
Profesora

«Te pone la piel de gallina. Es emocionante pensar cómo han podido llegar a hacer esto. Es increíble»

Carolina Pardo
Estudiante (Málaga)

«La cueva original tiene una sensación mucho más fuerte. No me esperaba una visión como esta»

Antonio Díaz
Profesor jubilado (Cantabria)

«Conocí la neocueva hace 10 años. Ahora estoy impresionado por los colores de la obra original»

Javier Ors
Periodista (Madrid)

«La fuerza de las pinturas se descubre entre las luces y la oscuridad. Es una sensación de teatralidad»

estudiante, una profesora, un cate-drático jubilado y dos periodistas volvían a recorrer un itinerario «excepcional». Minutos antes Gaël de Guichen, director del programa científico de conservación de la cueva, sentenciaba apasionadamente la experiencia: «Altamira es una emoción».

«Experiencia única»

Convertidos en «público activo y colaborador» de la evolución de la cavidad estos cinco visitantes, acompañados de dos guías, y previo paso por la neocueva, accedieron pasadas las doce y media a la cueva con el arte rupestre más popular del mundo. Tras un paseo que presupone «experiencias únicas», aún deslumbrados por unas pinturas que conservan todo su color y que se van «anunciando y alumbrando entre la penumbra» y los dispositivos de control y medición de la cueva, los cinco turistas accidentales de Altamira expresaron su particular encuentro con la cueva: a la santanderina Andrea Vicente se le puso «la piel de gallina»; el periodista Javier Ors destacaba la «fuerza de la pintura»; la malagueña Carolina Pardo subrayaba la «pasión» que rodeaba todo el simbolismo de Altamira y de quienes viven en su entorno, y Antonio Díaz Regañón, el visitante de mayor edad, mostraba su asombro por los «colores de unas pinturas que parece que están hechas ayer mismo».

En la esquina del vestíbulo del mu-

seo, donde se puede leer «Hace 18.500 años...», comenzó un pasaje que tenía como fin primordial contribuir a medir el impacto de la presencia humana ante las pinturas rupestres. La presencia de más de cuarenta medios se tradujeron en que dos de los cinco visitantes surgidos del sorteo fueran periodistas.

La malagueña Carolina Pardo, estudiante de Derecho en la Universidad de Granada, describía su impresión: «La cueva original tiene una sensación mucho más fuerte que entrar en la nueva cueva, aunque las pinturas son muy parecidas». Tras pasar noche en la villa cántabra, esta estudiante de turismo por localidades como Comillas y San Vicente, decidió visitar el museo. El taxista, camino de Altamira, les comentó que podían llegar tarde al sorteo que daba acceso a la cueva. Sorprendida, decidió presentar su solicitud y salió elegida.

Sonriente, iluminada por una ocasión que no buscaba, resaltaba la «emoción de haber visto algo tan importante». «Es muy chulo, me gusta mucho, aunque no tenía ninguna visión de lo que iba a encontrarme». Mientras su pareja, el joven canario Jorge Cabrera del Toro, esperaba paciente en las instalaciones, la joven destacaba «la pasión con la que vive el personal del museo y su entorno todo lo relacionado con Altamira».

«Vine a Cantabria para trabajar y

me he encontrado la sorpresa de ser parte del reportaje», manifestó el periodista madrileño Javier Miguel Ors, redactor de La Razón. Los ocho minutos ante las pinturas, el silencio y el contraste con el ruido temporal de los dispositivos técnicos, la humedad, el juego de luces y sombras y la intensidad de las pinturas fueron factores que integraron la experiencia de los elegidos.

La joven santanderina de 23 años Andrea Vicente, acompañada de su madre, confesaba haber vivido «una experiencia muy emocionante». «Te pone la piel de gallina», decía de manera gráfica. «Me ha encantado pensar cómo han podido llegar a hacer esto. Es increíble». Las expresiones requerían reflexión, tiempo y poso pero todos coincidieron: «Lo importante es la emoción del lugar. El misterio, y el saber que es el sitio original es una emoción que no se puede sustituir». El jubilado Antonio Díaz, afincado en Mortera, dijo que desde que introdujo la papeleta en la urna del vestíbulo «estaba convencido» de que lograría una de las cinco plazas privilegiadas. El exprofesor de instituto, que visitó la neocueva diez años atrás, quedó «impresionado» por la viveza de los colores originales.

Fuera les esperaban los focos y las cámaras. Antes ellos ya había quedado deslumbrados por los trazos fundacionales del arte y su misterio imperecedero.